EL AMOR
NO DUELE
Sobre Carmen Herrera y Magno Espinoza
Dana Hart
www.danahartescritora.com
Dana Hart

Pasó una estrella fugaz, pero yo estaba tan satisfecha, tan dichosa, que olvidé pedirle un deseo. Éramos un grupo de siete u ocho personas. La luz de la escasa luna reflejaba nuestros cuerpos sin ropa, corriendo por el cerro, como si en serio fuésemos libres. Una libertad de a ratos. Íbamos uno atrás del otro, haciendo una fila, para poder subir por la ladera y no caernos.

Todo para la colectividad y no todo para un solo hombre. Liberado el eros, con sus alas abiertas, lejos de las cadenas de la moral burguesa. Es el amor común, sentido por la causa amada, lo que une. El mero factor fisiológico, superado por la camaradería.

Nuestra lucha, tanto ayer, como hoy, va en dirección de colectivizar las cocinas, las tareas como el lavado de la ropa.

La burguesía ligó el amor al matrimonio, lo inventó para volver a las mujeres parte de su propiedad. Así como cercó terrenos y domesticó vacas, capturó, violó y encerró a mujeres, para volverlas esclavas sin jornal.

¿Cuál es el ideal de amor, de la clase social que lucha por la emancipación de la humanidad? Nos preguntábamos leyendo esos papeles con borrones.

Agarrados a ramas, piedras, pinchándonos las plantas de las pies y riendo a carcajadas. Nunca me había reído tanto. Sobre todo cuando Magno empezó a aullar como un lobo, pensando, quizás, que lo era, sintiendo la brisa e inflando el pecho en dirección al cielo.

Creíamos que teníamos el mundo por delante.

Que podíamos cambiarlo todo, todavía lo creemos. Pero en ese momento éramos un poco más jóvenes, más ingenuos. No estábamos hechos de cárceles, como ahora.

Alejandro Escobar y Carvallo siempre estaba serio, ubicado como un médico, en contra de comer carne, con su propio recetario para una vida naturista, sin manteca, mantequilla, pan con levadura.

La libertad es la necesidad de destruir el orden impuesto. Y yo la sentía como un ave, igual que un zorzal que no deja que le encierren y levanta vuelo, más allá de la mano posible del hombre.

No me hizo nunca sufrir. No hubo escenas de celos, ni situaciones en donde yo creyera que él me estaba queriendo menos. Incluso habiendo tantos otros cuerpos en desnudes.

Para abrirlas a la comunidad y compartir las cocinas, los lavados, los platos rotos. Me hace reír, pensarme, sentada sola en una silla, esperando que llegue el marido del trabajo y los hijos o las hijas de la escuela, en un vestido con flores, con las plantas ya regadas y la comida hecha. Me hace reír, porque siento que buscaría una escopeta, y saldría a montar a caballo, disparando a policías que me busquen por furtiva.

Subía la ladera y miraba las estrellas, decía algunas ideas sobre lo infinito y miraba hacia arriba. Mirábamos hacia arriba. Queríamos soltar las cadenas que nos sujetaban, como una humanidad, a la tiranía de la opresión. Todavía lo queremos. Nadie se miraba morbosamente. Nuestros cuerpos, eran eso, cuerpos, desnudos, naturaleza.

Nuestro amor, lo que dábamos, el deseo, estaba atravesado por la colectividad, se fusionaba, en los objetivos. Nuestro deseo, se estrechaba, con la necesidad de justicia social. Estábamos en comunión, en la medida en la que ese objetivo lo estaba. Follábamos con el fin histórico, con la Idea. Y la Idea nos follaba.

Me gustaba amarlo así. Envuelto en la multitud. Así lo amaba más. Combinado con mis objetivos. Porque dicen que las mujeres no queremos otra cosa que un hogar, una cocina limpia e hijos cuyos mocos sacar. A mi una casa no me alcanzó nunca. Yo quería todas las casas, pero no para tenerlas, sino para liberarlas del dolor.